

Suplemento Dominical fundado
por don Lorenzo Batlle Pacheco
el 2 de octubre de 1932

EL DIA

AÑO XXXVII — Nº 1826
Montevideo,
19 de Mayo de 1968



Don José Batlle y Ordóñez

Fue y sigue siendo el verdadero constructor de la República. Sólo el mantenimiento de sus principios y la continuidad de sus ideales pueden asegurar al país la grandeza democrática que soñó el grande hombre de cuyo nacimiento se cumple, el próximo 21, el 112º aniversario.

HASTA ahora, sobre el tema este de la caza, no se ha escrito nada comparable al ensayo que Ortega y Gasset publicara a manera de prólogo en el libro del conde de Yebes "Veinte años de casa mayor", ensayo que más tarde fuera editado por Revista de Occidente bajo el título de "La caza y los toros". En dicho análisis Ortega sale a cazar la caza, y vuelve de su correría a través del siempre pavoroso campo de las cuartillas, con un montón inigualable de trofeos cobrados. Tales aciertos —no podía ser de otra manera— cohiben a cualquiera y, de no mediar una ética elemental y una vanidad que también pide lo suyo, tentado estaría uno de transcribir íntegro el ensayo, de plagiarlo, o, por lo menos, de consignar los puntos más sobresalientes, que son casi todos. Pero como el lector interesado puede dar fácilmente con la obra, y como por otra parte mucho hay que decir porque muy poco se ha dicho acerca de la caza en nuestro medio, creemos oportuno aportar nuestro cuarto a espadas, aun dentro del reducido y volandero coto de un artículo, convencidos —por aquello de que si nada se pierde y todo se transforma, algo queda— de la necesidad de dejar fijada una posición frente a este viejo ejercicio, posición que, quitándonos por un momento el engañoso disfraz de la modestia, no ha de ser de las peores.

Ser cazador o ser escritor supone, más de lo que esas actividades llevan consigo cuando se ejecutan, una actitud muy particular del hombre frente a la vida, con absoluta independencia de los resultados que a través de sus desempeños puedan lograrse. El paralelismo entre estas dos actitudes es tan evidente que muchas veces se manifiestan, en sus respectivas radicalidades, confundidas, indiferenciadas, como respondiendo a una única, idéntica conformación. Cazador y escritor son formas altamente calificadas de ser, formas que afectan a la personalidad del individuo en total y cuyos caracteres —he ahí el matiz original y a primera vista paradójico— no se miden ni se establecen únicamente por los fines ni sólo por las consecuencias: no se es cazador por el número de reses cobradas, así como tampoco se es escritor por el número de títulos publicados; hombres hay que "escriben" con sus actos todos, al hablar, al pensar, al hacer de su vida línea argumental y novelable; cazadores natos hemos conocido —cazadores

Detrás de la caza

El guazubirá —uno de nuestros dos venados— es una presa difícil de abatir, al punto que los indios del norte argentino lo llaman "el venado fantasma". El ejemplar que muestra la foto fue cazado en la Sierra de las Animas del Dpto. de Maldonado



integrales, para decirlo con palabras del momento—, con muy pocas historias de caza que contar. El escritor —ovíparo o vivíparo, como distinguía Unamuno— anda siempre —al acecho o al rececho— a la búsqueda de ideas o argumentos, peleando mano a mano con el gemido asunto del estilo; el cazador, hombre solitario también, busca —la pupila dilatándose y contrayéndose, el paso cauteloso, el viento en la cara— que la presa se materialice, luchando, un pie detrás del otro, con el paisaje indómito —el río, la sierra, el monte, el bañado—. Ambos —a Dios rogando y con el mazo dando— sacan poco menos que de la nada sus trofeos —entiéndase “nada” como la apariencia de no haber: en el campo, presas a la vista; en la cabeza, los procesos de gestación—; uno y otro cultivan la paciencia —la paciencia de un vivir forjado de impaciencias— y la constancia, esa otra virtud que les mantiene perseverantes aun dentro de las innumerables y pasajeras inconstancias; los dos transitan —o el ideal al menos es transitar— por trochas desconocidas o detrás de presas difíciles, huidizas, que obligan a la superación; éste y aquél confían en la intuición cuando faltan los conocimientos exactos, cualidad que les otorga el don de ser precisos en la improvisación; si la vocación es la palanca de cada uno, la duda es su motor: tal vez el dudar sea inherente a estos ejercicios: el péndulo de las dudas del cazador carga más sobre la moral, de la misma manera que el del escritor castiga con mayor insistencia el mundo sumamente sutil y relativo de los valores estéticos; para el primero la estética es un conocimiento —y un goce— que le viene de afuera, de la naturaleza, del espectáculo del campo circundante; la estética del escritor es un trasiego de adentro a afuera, aunque para ello, claro está, con anterioridad tenga que haber ocurrido el proceso inverso.

Aun en planes concienzudamente concebidos, cazar y escribir contienen un porcentaje constante de azar, circunstancia que les da un decidido carácter de aventura: así como salta la presa, casi siempre insospechada, salta la idea o el vislumbre de ella; a partir de entonces el escritor se siente encadenado, como a un rastro fresco, y no ha de parar hasta haber logrado su pleno desarrollo. Pero no todas son flores en el cumplimiento de estas actividades, si bien las realizaciones vocacionales pertenecen de suyo, con indudable autenticidad, al no demasiado extenso ámbito de las ocupaciones felicitarias. Está el desaliento, la duda, la conciencia insatisfecha, la falta de apoyo, la incomprensión de la sociedad; factores estos aparentemente negativos, pasos atrás, que por lo general sirven, cuando la vocación es verdadera, para proyectarse y continuar en la brega con los bríos renovados.

Conviene aclarar qué entiende uno por cazador, o a qué forma ideal debería aproximarse el hombre que practica esta actividad felicitaria, como la nombra Ortega. Las siguientes apreciaciones tratan de bosquejar su figura siguiendo el método de la goma, método que consiste en ir borrando todo lo que para uno no es ser cazador. Vaya por delante que se trata de una imagen personal y no de una definición que abarque la totalidad del oficio y en cada una de sus variantes —el que caza para comer, el que caza para vender, el que caza por deporte, el que sólo caza animales depredadores, etc.

Para uno cazar no es matar, aunque, como es natural, al cazar se mate. Para uno cazar supone una ética y una estética rigurosas, una serie de limitaciones que, sin más testigo, generalmente, que la conciencia del cazador, hay que cumplir, so pena de desvirtuar la mismidad de la caza. Estas limitaciones no coinciden rigurosamente con los reglamentos de las instituciones deportivas, porque, entre otras cosas, no es el nuestro un ideal de carácter gregario en ningún sentido, dado que entendemos la caza más bien como una ocupación solitaria, alejada, afios luz, de los tan mentados “safaris”. Todo cuanto se aparte del cazador furtivo —entiéndase que de ninguna manera se habla de estimular la incursión en terreno ajeno— se aparta también de nuestro idealizado prototipo de cazador. Ya se dijo lo del “safari”; idéntica repulsión nos produce la patota dominguera o de Semana Santa —ya venga en camión o en coche de lujo— que cae al campo a voltear lo que salga, sobre todo después que la Ancap, “que defiende al país”, no lo olvidemos, les ha desatado los complejos.

Decididamente no es cazar tirarle a las perdices al pío-pío, desde arriba del auto y a boca de jarro con una “16”; ni rodar con el mismo auto por la alfalfa y la avena, en las noches sin luna, tratando de fusilar liebres encandiladas. El concepto nuestro de caza está en razón inversa al de comodidad y, desde luego, al de excesiva superioridad en los medios —armas— y métodos —tácticas— empleados. Al animal hay que darle la posibilidad de salvarse en la huida, especialmente aquellos que integran la llamada caza menor, puesto que éstos, a diferencia de las piezas mayores, suelen, con mucha más frecuencia, presentarse dentro del área de tiro. El número

Cazar y escribir contienen un porcentaje constante de azar, circunstancia que les da un decidido carácter de aventura.



Walter Pérez y Alejandro Martínez bajando de la sierra con un guazubirá cazado al rececho en pleno monte

de piezas cobradas califica también al cazador. Los “naciones” de la provincia de Santa Fe —los “naciones” de Venado Tuerto, de Casilda, de Cañada de Gómez, de Sa Pereyra— salen en sus impresionantes camionetas a rodear los “cuadrados” de campo, y vuelven con cien o ciento cincuenta liebres acolloradas. Ellos, muy serios, dicen que salen a cazar. Después apartan dos o tres para el estofado, y el resto lo tiran en algún zanjón para que se pudra lejos de las poblaciones de la chacra.

La caza, por más deportiva que sea, debe contener un mínimo de utilitarismo: la carne, el cuero, las plumas, las astas. El clásico trofeo —gusto que no nos gusta— es la mínima justificación cuando la cacería ha terminado y algo hay que hacer con la pieza cobrada. El aprovechamiento íntegro del animal tranquiliza la conciencia del cazador y lo obliga, aunque parezca a primera vista que no, a limitarse en el número de presas por salida, en el supuesto que éstas abundan como en el caso de las liebres santafecinas. Abatir un animal porque si, dejándolo luego abandonado en el campo o traerlo nada más que para mostrarlo como si se tratara de una proeza, arrojándolo después a la basura, es una actitud que requiere los más duros calificativos, igual a los que merece el que la emprende a tiros contra una serie de animalitos que por no ser especies venatorias carecen por lo mismo de un comportamiento adecuado frente al hombre en esa actitud.

Si el abuso es siempre acción de cobardes, en la caza puede llegar a ser un crimen. Por eso frente al animal, el hombre tiene que cuidar su conducta eludiendo toda superioridad abrumadora, superioridad que puede provenir de la posición de la pieza en la escala zoológica, del material ofensivo, del número de cazadores en función del espacio a recorrer, del concurso de perros, en una palabra, de todo aquello que impida al animal hacer su juego y lo condene a la muerte de manera irremisible y por adelantado. Claro está que ciertas especies mayores se defienden solas a fuerza de habitar lugares de muy difícil acceso para el hombre. No es fácil abusarse, cazando solo y al rececho, de la capra hispánica en las serranías de Gredos, ni del yaguaré en la selva misionera o amazónica. Por eso a veces resultan hasta graciosas ciertas ordenanzas que prohíben la caza de tales y cuales animales cuyas características, precisamente, consisten en la improbabilidad de dar con ellos. La escasez de ciertas piezas y sus formidables medios evasivos —velocidad, costumbres nocturnas, ocultamiento, detección de la proximidad del peligro merced a sus sentidos siempre alertas y sumamente desarrollados—, junto con el difícil territorio que habitan y la evidente declinación de la capacidad venatoria del hombre moderno, son dificultades que en el cazador de ley operan como incentivos, forzándolo a la superación, en un empeño que consiste, entre otras cosas, en regresar de cada cien salidas al campo, noventa y nueve con las manos vacías.

El cazador debe aspirar a ser un virtuoso de su oficio, previo reconocimiento de que lo que tiene entre manos configura nada menos que un arte, el requete-antiquísimo arte de cazar. Para cumplirlo no es menester salir fuera de fronteras, alcanza con los animales que pueblan nuestro suelo, incluso prescindiendo del jabaí y de los dos tipos de ciervos —el axis y el dama— cuya cacería nos huele siempre un poco a falsa, por no ser estas reses oriundas del país.

Cazar no es sólo tirar bien, aunque, como es lógico, en el momento de la verdad haya que saberlo hacer, entre otras cosas porque no se trata de herir la pieza —lo cual, si no es por causas accidentales resulta imperdonable— sino de cobrarla. También, y como una flor, cazar consiste en dejar escapar la presa que se presenta cuando la jornada ha dado los frutos previstos en relación al utilitarismo que antes mencionamos. Cazar supone —de ahí que el mejor cazador trasladado a otras geografías tenga mucho que aprender antes de competir con los lugareños— el dominio del paisaje —fauna, flora, costumbres, noción más o menos precisa de dónde se está— conocimientos esenciales para moverse con seguridad, eludiendo el pago del famoso y a veces bastante costoso derecho de piso.

El punto final de estos comentarios, como el lector comprenderá, no tiene nada que ver con el punto final del tema tratado, que es asunto poco menos que inagotable. De los rabos que quedan por desollar, que son ciento, elegiremos algunos para un próximo artículo, si es que la pluma de Ortega ha dejado un poco de tinta en el tintero. De todas maneras, mantener abierta la cuestión equivale a sentirla viva; porque como en tantas y tantas cosas de este mundo, el placer de cazar, así se trate sólo de cazar ideas sobre la caza, va ligado al “antes” y al “durante” mucho más que al “después”, con independencia de si ese después está o no jalonado de ilustres trofeos.

Eduardo Martínez Rovira
(Especial para EL DIA)



JOSE PEDRO VARELA POR EL
BASTIAN MONCALVI (1945)



AUN CON EL ERROR EN LA NO
DIFERENCIACION DE LAS DOS
RAMAS (DEL QUE, POR OTRA
PARTE TAMBIEN PADECE LA MO-
NEDA CIRCULANTE) Y HABER
AFIRMADO SOBRE PLATAFOR-
MA LAS IMAGENES DEL CABA-
LLO Y BUEY, ESTE REVERSO DE
LA MEDALLA DE NERSES AUMAL-
NIAN, CONSTITUYE HASTA HOY
EL ACIERTO MAYOR EN LA UTI-
LIZACION DE NUESTRO ESCUDO
NACIONAL, TAN REPETIDAMEN-
TE EMPLEADO EN LA MEDALLA
Y MONEDA URUGUAYAS; ES EL
DE MAS CLARA IMPOSICION DE
SUS SIMBOLISMOS.



PLAQUETA EDITADA POR LA COMISION FINAN-
CIERA DE LA RAMBLA SUR (Autor Severino Poss
(1937) Colección Museo Bancario)

EL Museo Bancario del Banco de la República Oriental del Uruguay, dedicada su función preferente a atender la numismática, presenta una exposición de la Medalla Uruguaya en su sede de la Casa Central. Ciertamente que caben muy diversas concepciones para organizar una exhibición con la medallística, pues es de muy amplia temática dado que tanto rinde homenaje a una personalidad eminente como documenta un Congreso o memoriza un acontecimiento histórico. Ya el Instituto Uruguayo de Numismática realizó una importante muestra de tal materia reuniendo todo lo hasta entonces hallado y lo que es de recordar especialmente, dos numismáticos que lo han presidido, el Dr. Julio César Iruleguy y el Sr. Julio T. Fabregat, redactaron la catalogación de la medalla en forma exhaustiva en varios pequeños folletos editados por el mismo Instituto con muy modesta presentación al mimeógrafo, a la vez que de muy provechoso manejo. Este registro comenzado en 1958 anotó alrededor de un mil trescientas piezas. El total de medallas al día de hoy puede estimarse en cerca de dos mil entre excelentes, buenas, regulares y como siempre ocurre entre la producción que aspira a lo artístico, abundante número de malas.

"Del artesano al artista" se ha subtitulado a esta exposición, como se inscribe en un largo cartel de la muestra. Fue primordial dueño de la medalla el artesano hace más tiempo, hasta los primeros años del siglo XX; lo fue el artista en época más reciente, principalmente desde los años 20 hasta los comienzos del 50 de la actual centuria.

La medalla tiene dos caras que generalmente son utilizadas para completar la lectura de una idea. Mas hay otras dos caras no pocas veces disociadas la una de la otra y que se encuentran más ocultas al análisis: la faz artística y la faz artesanal. De la comprensión que ambas deben estar actuantes en función de un único propósito es que ha de surgir la medalla digna de ese nombre. Del artesano al artista recorre y se detiene esta exposición, porque mirando los grandes rasgos de su panorama la medalla en el país comenzó siendo artesana y terminó su ciclo evolutivo y de cima de esplendor con el interés por la medalla de los más destacados escultores nacionales que se les ha presentado sus autorías en una sección especial de la exposición precisamente bajo la indicación: "Destacados escultores uruguayos". Allí están: José Belloni y su evolución del modernismo finisecular hasta las abultadas formas más modernas; José Luis Zorrilla de San Martín largamente reconocible en las decididas actitudes de sus figuras; la riqueza imaginativa en las alegorías de Antonio Pena; el neo-clasicismo de Ed-

Las medallas del



JURA REAL DE SANTO DOMINGO DE SORIANO, PARA FERNANDO VII (1808), PLATA, MUSEO DEL CABILDO, ANVERSO ("VIVA FERNANDO VII"), REVERSO (INICIALES DE SANTO DOMINGO DE SORIANO)

Prati que le permitió obtener la bella medalla premio del Salón Nacional; la minuciosa objetividad de los retratos de José Batlle y Ordoñez y Aparavia por Juan D'Aniello; el sabor escultórico en una plaqueta o la acertada síntesis en otra de Bernabé Michelena; las poderosas esculpiones de Severino Pose; ese penetrante perfilado por Armando González para premio del Centenario en 1930; hermosas medallas de Bauzá y de Pablo Mañé y un ejemplo de buelización de los elementos del Escudo Nacional reverso de la medalla de Nerses Ounanián —Ar— (1950)— a pesar de la equivocación por la iguala de las dos ramas, y luego, salvo excepciones, comedalla de Juan Zorrilla de San Martín (1955) por su hijo, un vacío de contemporaneidad hasmedalla de Germán Cabrera de 1964 con su neoisismo en el que se entroncan la escultura de descon la moneda macuquina colonial.

Las piezas exhibidas se escogieron de la colección del Museo Bancario y de otros institutos coleque generosamente coadyuvaron. Iniciase el propositivo con las Juras Reales, medallas fundi y grabadas con motivo de las proclamaciones de Reyes de España Carlos IV (1789) y Fernando (1808), colección de dieciséis piezas —una en y las otras en plata— pertenecientes al Museo nicipal del Cabildo. Son testimonio de proclamas reñías; "Proclamatius in Montevideo", mas también Santo Domingo de Soriano, en Maldonado y en pelones. Una proclama de Carlos IV apártase sin lificación todavía aclarada por su corrección, de las nías que acusan un trabajo asaz rústico. En una de as la figura del "Alférez Real tirando monedas al eblo", como se describe en catálogos, es de ineptia al; en el dibujo otras, y particularmente en la de o. Domingo de Soriano con un indio arrojando fleas con el arco, o en la de imagen de un pequeño gel con palma y corona en las manos, la torpeza se ansforma en candor. ¿Es que acaso hay una gracia oplatenses de los tiempos de la Colonia podría afirarse, y no dejan de tener aciertos en las acrobacias on que enlazar las iniciales de las palabras inscriptas omo en las medallas de Antonio Vera, platero local. La crónica no permite detenerse en detalles. En el glo XIX corren paralelos un centrismo clasicista de lara definición; la miniaturización extrema, exagerada "Homenaje al amor patrio" que constriñe a entrar en ana pequeña medalla de oro el "Juramento de los Treinta y Tres Orientales" de Blanes (proveniente de

Alemania 1885) y sobre el final del siglo pasado y comienzos del presente el aporte de las casas acuñadoras de Buenos Aires con preponderante imposición de un neoromanticismo que en los mejores casos —tal la medalla para la Piedra Fundamental del Palacio Legislativo (1906)— es el resultado de equilibrio de lo conflictual propio de ese modernismo que hace vagar alegorías y símbolos clasicistas con un dibujo ondulante más libre para palmas, volutas de humo de las lámparas votivas y mujeres doblemente veladas por sus tules y la visión antigua. Las exageraciones del "art nouveau" se afirman para su novedad —muy pronto terriblemente envejecidas— de las formas del contorno. Esta sentimentalidad tiene una obra relevante que diríamos póstuma para su estilo: la medalla de José Belloni para la 1ª Exposición Panamericana de Arquitectura (1920), y decimos póstuma entre bien lo que se considera porque un año antes, Luis Pedro Cantú, siempre desorbitado o inclasificable desvanecía todas las languideces, con su recio relieve de contun dentes volúmenes para la plaqueta del Congreso del Niño (1919) que abre una gran brecha para la nueva medalla.

Gran interés proporciona el desarrollo de formas y gustos al través del tiempo y a veces por lo contrario obrando como un concepto se estanca, pierde vigencia y cae en lo anodino. En el retrato pudiéndose advertir bien a las claras esa distonía entre la dinámica de las nuevas ideas plásticas que se suceden desde el concepto naturalista y elaboración miniaturista de los bustos de Máximo Santos por el Platero Antonio Vera hasta la feliz interpretación de holgado ritmo en el "José Pedro Varela" de Sebastián Moncalvi; el fino perfil lineal del retrato del sabio "Roux" de Ramón Bauzá; o las agitadas cabezas de José Luis Zorrilla; o el croquis tan suelto como certero de Franklin D. Roosevelt (1945) por Antonio Pena; o el penetrante retrato de Edmundo Prati para "Juan Manuel Blanes" (1941), artista que lo había estudiado profundamente con motivo de la Exposición Retrospectiva del fundador de la Pintura Uruguaya en el año 1941.

Lo contrario es la estabilización de un padrón único para las medallas de los Presidentes de la República o del Consejo de Gobierno confeccionadas en una sequedad tipo que las iguala sobremanera y las empareja un desinterés hasta sobre los rasgos de identificación buscados.

Igualmente el proceso evolutivo extiende los conceptos plásticos en las medallas que corresponden a inauguraciones o colocación de piedras fundamentales de edificios y obras públicas, desde aquellas medallas

que constriñen una relación fotográfica (digamos así) o realista de tal o cual palacio o la pequenísima dimensión del espacio físico de la medalla, hasta quien exalta un detalle sustancial del motivo, como Michelena en "Represa del Canelón Grande" (1956) o reelabora como Pose la "maquette" del "Palacio Municipal" o la "Casa Maternal" de Belvedere (1936) tratando el plano de fondo como espacio absoluto, obteniendo así una superior grandeza de forma.

El empleo de alegorías por el artista moderno es a su vez valioso. En la frescura del empleo de nuevas formas en viejos mitos reside uno de los encantos mayores de la sorprendente ilustración plástica de Antonio Pena, artista goloso de admiraciones.

Formas y gustos han variado grandemente las imágenes pero no ha ocurrido igual preocupación por la leyenda. La sentencia latina usada con preferencia en los comienzos carece de su inmortal impacto si la imagen que la ilustra no es igualmente austera, y no lo fue en tiempo en los que hallábanse muy de moda los latinazgos. Posteriormente la palabra no fue inspiradora: era casi un ornato más o elemento de relleno, pocas veces subrayada su valoración gráfica. Por eso, por lo explícita y preponderante, reconociendo desde luego que no es equiparable a muchas célebres inscripciones —por algo llamósela alguna famosa Academia, de Letras e Inscripciones— cabe distinguir a la medalla finisecular de Alejandro Magariños Cervantes que en su texto define al retratado.

Aun depurada de medallas anacrónicas en cuanto a gusto y cultura de sus propias épocas, repetidas o carentes de interés que por sí mismas surja, una exposición de numismática es de difícil atractivo por el corto tamaño de sus piezas; por eso los museos emplean a menudo la macrofotografía acompañando las obras que merecen destaque, para conducir la observación. Pero en esta oportunidad, contando con la benevolencia de ilustres artistas como José Luis Zorrilla de San Martín y Ramón Bauzá así como la colaboración generosísima del Museo Severino Pose tan noblemente cuidada por la viuda del artista, se muestran platos de bronce o yeso, junto a otros de José Belloni, Bernabé Michelena y Sebastián Moncalvi de pertenencia del mismo Museo Bancario, que fueron utilizados en la acuñación de no pocas de las medallas exhibidas. Estos platos que el pantógrafo redujo a los módulos de acuñación merecen una atención especial.

José Pedro Argul
Conservador Honorario
del Museo Bancario
(Especial para EL DÍA)

Uruguay



JUAN MANUEL BLANES POR EDMUNDO PRATI (1941). COLECCIÓN MUSEO BANCARIO.



EXPOSICIÓN PAN-AMERICANA DE ARQUITECTURA. AUTOR JOSÉ BELLONI. COLECCIÓN MUSEO BANCARIO.



RETRATO DEL PADRE POR JOSÉ LUIS ZORRILLA DE SAN MARTÍN (1935).



MEDALLA PARA LA PIEDRA FUNDAMENTAL DEL INSTITUTO DE ENSEÑANZA SECUNDARIA FEMENINA. AUTOR ANTONIO PEÑA.

Hombres del Coloniaje:

Diego Gonzáles

SER hombre decidido y de temple y poseer condiciones excepcionales de voluntad, valentía y fortaleza física, eran condiciones necesarias para afrontar los peligros físicos y sobre todo humanos, que gravitaban sobre la aventura pobladora del siglo XVIII en la agreste y desolada Banda Oriental.

La gran perspectiva de los tiempos muestra a los protagonistas con las luces y sombras comunes al espíritu de la criatura humana.

Una figura singular, de vida dramática, fue la de Diego Gonzáles, natural de la ciudad de Vera, en el reino de Granada. Hoy, una placa colocada en el lugar donde restan las huellas de los cimientos de su casona de piedra, señala al viajero desprevenido que allí, en setiembre de 1814, lo soldados de Artigas lucharon por la Patria.

No fue su pulpería la primera levantada en la región de Entre Ríos Yí y Negro, ya que hacia 1784 existía en el Paso del Rey, la del teniente de milicias y comandante de la campaña de Montevideo Antonio Pereira, y desde el 1º de junio de 1791 otra de Salvador Segovia con su dependiente Josef Villalba, instalada en terrenos de la estancia de Tomás Barragán, con autorización del virrey Arredondo (1).

Tampoco fue la capilla de Diego Gonzáles la primera erigida en la región. Años antes se había agitado en ella la necesidad de agrupamiento de sus pobladores, siendo autorizado Manuel Vasques de España para instalar un oratorio público en su estancia del arroyo Antonio Herrera, por documento de fecha 16 de setiembre de 1786 que lleva la firma del doctor Miguel José de Ríglas, Arcediano de la Catedral de Buenos Aires (2).

Según el comisionado de los 16 partidos en los cuales se dividía la "campaña en la parte oriental del Río de la Plata" Dn. Bernardo Suárez del Rondero, a fines de abril de 1798 no existía ninguna capilla en los campos situados "entre los ríos Yí y Negro, hasta el arroyo del Cordobés". Pero el 20 de junio de 1799 ya estaba levantada la Capilla del Rosario, llamada también de las Cañas, "concedida con beneplácito del Vice Patrono Real", según lo testimonia quien la erigiera: Francisco Rodríguez, cuyo alias, Farruco, ha perdurado hasta nuestros días en la topografía nacional (3).

Según la documentación que hemos examinado, la capilla pública de Diego Gonzáles, que posteriormente sería conocida por Capilla de Nuestra Señora de las Angustias, fue habilitada a principios del siglo XIX, ya que recién la hemos visto mencionada en 1804, durante la visita del Obispo de Buenos Aires, Dr. Benito de Lue y Riega.

Esta trinidad social de la época —estancia, pulpería y capilla— se empujaba sobre la Cuchilla Grande, en el paraje conocido por las Tres Islas, en las nacientes del arroyo Villasboas, hoy 3ª sección del departamento de Durazno, en las proximidades del actual pueblo Carlos Reyles y de la estancia "El Paraíso".

Pinta notablemente un cuadro de la época, el medio, el personaje y la vida en aquellas soledades de nuestra campaña, este documento de 1809, que detalla pormenorizadamente los fundamentos de una airada protesta vecinal, dirigida al Gobernador Elío (4): "Los continuos excesos y perjuicios que sufrimos los abajo firmados vecinos y hacendados entre el Yí y el Río Negro por espacio de más de once años, ejecutados por el Juez Comisionado Interino Dn. Diego Gonzáles, nos pone en la necesidad de ocurrir a V. S. con el más sumiso respeto solicitando el pronto remedio, siendo imposible poderse tolerar por más tiempo un hombre o mejor diré un déspota de aquellos campos, sin mirar muy de cerca una catástrofe a impulsos de sus continuos insultos en aquel vecindario.

Si Señor: apenas se posesionó este hombre de una comisión particular que este Gobierno confió a su cuidado, cuando ya empezó a sufrir aquella comarca no

tan solo tropelías inauditas en la administración de Justicia sino que notó, se había figurado ser absoluto dominador de todo el Globo, y con derecho a los bienes con que cada vecino, procura dar el lleno a las obligaciones de su Estado. Los hechos que deben apuntarse para dar una completa prueba de la reprobada conducta por todos términos de este comisionado, darían méritos a escribir cuaderillos de papel, y siendo imposible en parte por las distancias que median entre los testigos que deben deponer para esclarecer hecho por hecho, hacerlos bajar a esta ciudad, nos proponemos únicamente apuntar aquellos más fáciles a su prueba, que son los siguientes:

1º Primeramente a los principios de su comisión sin mas que valido de su autoridad cortó de un sablazo una mano a un peón infeliz de su propio suegro llamado Pedro Juan, de cuyas resultas murió mendigante por la imposibilidad de poder trabajar, después de una curación larga.

2º Para poblar en este paraje dicho Gonzáles se apropió todo un rodeo de ganado vacuno perteneciente a Dn. Miguel Zamora, quien puede informar en este caso como que se presentó contra él sobre aquella población, la que mandó suspender por auto que nunca obedeció.

3º El Cura Dn. Manuel Guerreros puede dar algún informe sobre la altanería y desacato con que siempre lo ha tratado obligándolo con esto a huir de su presencia con precipitación luego que concluye la misa del día de fiesta.

4º Dn. Felipe García, uno de los vecinos de aquel Partido fue insultado en su propia casa por Juan, de sobrenombre el Arroyero, soldado de Blandengues desertor, uno de los contrabandistas mejores de fama y de perversas costumbres, por que queriendo robarlo y maltratar con cuchillo en mano a un esclavo suyo trató de contenerlo con un palo, y cerrando a puña-

ladas con García le hirió en una pierna y en estas circunstancias fue prendido y remitido por los familiares de su casa a la del Juez Comisionado, quien en el acto lo puso en libertad con grave perjuicio de García, quien padeció por espacio de tres meses dicha herida, todo esto por que este malhechor era parroquiano a los juegos de su pulpería que abrigaba con escándalo.

5º Dn. Francisco Señoranes fue reconvenido por este Juez para que le parase rodeo para apartar los animales que hubiese suyos y como le respondiese que no tenía peones en aquella actualidad para verificarlo y que lo dejase para otra ocasión, a más de insultarle con el epíteto de pícaro y otros dichos indecorosos, tiró del sable y estropeó malamente a este vecino honrado.

6º Los continuos juegos que abriga en la Pulpería de su casa, depósito del dinero y sudor de los Peones de aquella comarca, son tan escandalosos que el día de fiesta empiezan mucho antes de misa, y se acaban muchas veces con el día quedándose la mayor parte de ellos por este objeto sin oír, y a más de haber continuas peleas han resultado dos muertes, una en la cocina de su misma casa y otra en su pulpería, privando y celando toda diversión en las inmediaciones, y permitiendo y anteponiendo las de su casa por el lucro que le resulta, pues le debe a esta comisión que ejerce, todo cuanto tiene que vale algo.

7º No permite venta alguna de aquellas frioleras de pan, tortas u otras granjerías que las mujeres llevan en los días festivos a las inmediaciones de la Capilla para expenderlas y remediar en parte sus urgencias, por que no le priven el expendio de las suyas, con una arrogancia tan sin medida, que varias veces las ha arrojado poco menos que a patadas de aquellas inmediaciones.

Plano levantado en junio de 1799 que incluye la Capilla de Farruco, conocida en la época, por Capilla del Rosario o de las Cañas. (Escr. Nat. de Gob. Exp. N° 52 de 1799). Por primera vez se comprueba documental que fue construida a fines del siglo XVIII.





LA CAPILLA DE FARRUCO, que lleva el nombre de un intrépido civilizador de ese paraje, Francisco Rodríguez, "farruco" por su origen gallego, ha sido incluida en folletos turísticos oficiales, como el monumento más importante del pasado duraznense. (Foto: Sigeto Kubota).

8º Dn. Juan Francisco Franco, uno de los comisionados por este González se halla actualmente herido de un sablazo a causa de haber autorizado una carrera de caballos sin su anuencia, cuando éste le contestó que tenía licencia de este gobierno la que se presentaría luego que llegase Dn. Salvador Báez quien la tenía para este efecto, habiéndose desahogado con esta noticia que frustraba en parte sus proyectos, porque no gusta haya más autoridad que la suya; habiendo sabido extrajudicialmente ha dado parte a V. S., ocultando el hecho de la verdad, y dándole en términos de eludir con este parte su atentado...

Firman este documento, de resultados del cual en febrero de 1809 es nombrado Comisionado general interino en sustitución de González, el alférez de milicias, Diego Martín Martínez, los señores León Pérez, que en 1816, sería designado subteniente de Provincia en la jurisdicción de entre Río Negro y Yí, encargado de la aplicación en dicha zona del Reglamento Provisorio; A ruego de Dn. José Moreno, León Pérez;

Salvador Báez; Juan Casabieja; Sebastián González; a ruego de Juan Bautista Montero, Matías Milos; Felipe García; a ruego de Francisco Masiel, Vizente Olivera; a ruego de Dn. Felipe Garín, Pedro Antonio de Zubeldía; Alberto Moreira; a ruego de José Barragán, Salvador Báez; a ruego de José Cerbante, Victorino Rodríguez Collaso, Antonio Pereira y Juan Francisco Franco.

La estancia de Diego González, conjuntamente con la de Francisco Rodríguez y la de Félix Sáenz, fue en 1797, uno de los lugares donde debían presentarse para ser indultados los aspirantes a integrar el cuerpo de Blandengues, que andaban "vagañtes huuyendo de la Justicia por sus delitos". Pero el hecho más saliente de la llamada Azotea de Diego González fue el combate que libraron el 4 de noviembre de 1814 las fuerzas comandadas por el entonces Sargento Mayor Fructuoso Rivera, donde cayera derrotada una división porteña de las fuerzas de Alvear cuyo jefe, el capitán José del Pilar Martínez, fue tomado pri-

sionero. Este triunfo, como es sabido, fue de importantes resultancias morales para la revolución, luego del contraste de Otorgués en Marmarajá, posibilitando así la hazañosa jornada de Guayabos.

Setembrino E. Pereda ("Artigas", tomo III, página 237) ha divulgado un fragmento de la carta que el General Artigas le enviara a Miguel Barreiro el mismo día del combate:

"Con 300 nuestros y 100 charrúas al mando de don Frutos Rivera, se ha emprendido una acción contra igual número de porteños entre San Diego (?) y Paso del Durazno. Su resulta puede acarrearlos grandes ventajas".

El 23, desde Lomas, departamento de Cerro Largo, agrega el historiador sanducero, ya en conocimiento de lo sucedido, volvió a escribirle, hablándole con entusiasmo de ese hecho y de las halagüeñas perspectivas que ofrecían las cosas en favor de la causa oriental.

"Ya indiqué a Ud., mi resolución de sorprender la guarnición enemiga de lo de Dn. Diego González. El resultado fue tan pronto como feliz. Por nuestra parte no hubo ningún herido. Algunos enemigos pagaron la obstinación con su muerte, a la intrepidez de la caballería charrúa y los demás rindieron sus armas a nuestro valiente y generoso Rivera".

Años después, fue depósito de prisioneros tomados en la gloriosa victoria del Rincón sobre las fuerzas imperiales comandadas por el coronel Gerónimo González Jardín. La siguiente correspondencia de Felipe Duarte al Gobernador y Capitán General de la Provincia Oriental, D. Juan Antonio Lavalleja, lo atestigua. Fue enviada desde Durazno, el 27 de setiembre de 1825.

"Acabo de recibir una comunicación oficial del Exmo. Señor Brigadier Inspector, donde después de confirmada la plausible noticia de la completa derrota de la División del Coronel Jardín, que comuniqué a V. E. en oficio de ayer, me previene destaque alguna fuerza a mi mando al paso de Don Pablo Rivero del Río Negro, a recibirse de doscientos prisioneros que remite a este punto, en razón de la suma falta que le hace la tropa invertida en su custodia, para atender a otros objetos que llaman imperiosamente su presencia. En su virtud, he dispuesto salga mañana mismo la fuerza necesaria y los conduzca hasta la Capilla de Don Diego González, en donde dispondré de asegurar y mantengan hasta que V. E. delibere otra cosa. V. E. conoce muy bien el origen de esta medida, pues no sería regular se condujesen aquí y se mezclasen con los demás existentes, que excediendo el número a la tropa acantonada aquí, a tanta distancia de la fuerza, se prevaleciesen de algún descuido nuestro e intentasen algún atentado de funesta consecuencia". (5).

Don Diego González asistió a la trascendente sesión del 16 de diciembre de 1805 de la Junta General de Hacendados de nuestra campaña y figura, en enero de 1806, en una nómina de diputados por el Gremio de Ganaderos, al efecto de tomar razón de las corambres que se vendían en la campaña sin la correspondiente contramarca. Le correspondió la jurisdicción de Río Negro y Yí hasta los arroyos Tejera y Minas. (6).

Su fin, a los 57 años de edad, fue trágico y violento como su genio, pero no fue muerto por Hilario Pintos, como se ha dicho. Esta es la versión del suceso, acaecido en 1811 durante la Emigración, según Pedro Feliciano Cavia: (7).

"Cuando se retiraban del Yí con sus familias al ejército, recibió el comandante D. Pablo Laguna un oficio del general Artigas, diciéndole que no se incomodasen, que mejor estaban en sus casas. En efecto se volvieron del camino; y entonces los avanzó una partida de la compañía de D. Hilario Pintos, mandada por el sargento Machain, y disparando un tiro a D. Diego González, cayó del caballo. Ya muriendo pidió confesión, y queriendo acercarse el cura D. Miguel Guerreros a ejercer su ministerio, lo detuvo con amenaza el dicho Machain, quien último a González sin permitirle aquel recurso cristiano..."

Diego González, hacendado, pulpero, juez comisionado, andaluz "de anchurosa y soberbia feudalidad", es una de las intensas figuras coloniales del historial duraznense, en cuyo bravío escenario fue un actor privilegiado

Aníbal Barrios Pintos
(Especial para EL DÍA)

CITAS DOCUMENTALES Y BIBLIOGRÁFICAS

- (1) A. G. N. (Fondo: A. G. A.) Caja 192, Carp. 8 B, Doc. 152.
- (2) "De las Vaquerías al Alambrado", por Aníbal Barrios Pintos, Montevideo, 1907, Pág. 150.
- (3) E. de G. y H. — Exp. N° 32 de 1799.
- (4) E. de G. y H. — Exp. N° 9 de 1799.
- (5) Estado Mayor del Ejército — Correspondencia Militar del año 1825, tomo II, Montevideo, 1935, Pág. 130/131.
- (6) "Raíces Coloniales de la Revolución Oriental de 1811", por Juan E. Pivel Devoto, Montevideo, 1957, Págs. 89 y 174.
- (7) "El Protector nominal de los Pueblos Libres D. José Artigas clasificado por El Amigo del orden", Buenos Aires, 1818, Pág. 54.

Se han utilizado asimismo en el estudio de la personalidad de D. Diego González los siguientes documentos consultados en la Escribanía de Gobierno y Hacienda: N° 102 de 1804; 108 de 1805 y 81 de 1806.



BO

Estudio y fragmento para el monumento a los "Defensores de 1870-71"



"Le Nuage"

"RODIN, el gran Rodin"... Así se expresaba Bourdelle del genio francés, que acaparó dos lustros del Siglo XX, como el escultor más grande de la era moderna.

Bourdelle, que entró al taller de Rodin como colaborador, fue indudablemente su discípulo más grande; es decir, el único que tomó alas de cóndor, para elevar a otra categoría, con fuerza personal, la escultura de entonces.

Porque Rodin fue el humanista lírico de una sensación poderosa y sensual; de una vibración en que las manos daban a las superficies lo táctil del modelado; y los movimientos cobraban una interna fuerza de expresión. Salto hacia una moderna estructura, en la que las formas ya sabidas fueron quebradas en procura y logro de la interpretación del carácter. Todo ello llevó al gran genio a una discutida vida que recién, cerca de su muerte, cobró aspectos de reconocimiento total a su obra. A todo esto, Bourdelle no pudo escapar como era lógico a la influencia de Rodin. Pero cuando ésta se produce en un artista de talento, hace que dicha influencia tome rumbos que sirvan para descubrir las propias fuerzas creadoras.

Fue lo que aconteció con Bourdelle. Tenía, a través de todo el estudio y de su colaboración con Rodin, un oficio sabido y un sentido de la audacia descubierta ya a nuevas normas. Pero siempre las nuevas formas traen como consecuencia, sean del valor que ellas sean, una especie de reacción.

Naturalmente que tal reacción, no es anulando los valores del antecesor, sino por el contrario, basándose en ellos en principio y fin, y desarrollando la propia imaginación en el concepto, la sensibilidad y potencia en la realización.



"Heracles el Arquero"

1908-1909

BOURDELLE

Bourdelle, luego de ese lapso en que sufrió su obra el parentesco de Rodin, agitó su verdadero impulso, y creó una estructura más simple y de volumen más acusado. Una base de escultura en que las formas tomaban una rotundez que gravitaba un modelado total, y no engarzado en el movimiento vibrante de la superficie como lo hacía Rodin. Aun cuando esto sucedía por la tremenda fuerza y valor de sus planos, ya se abría otra puerta a la escultura moderna, basada en la forma estilizada, y dejando el detalle del modelado en favor de una réplica severa y austera.

Tal lo que dio a las obras de Bourdelle, a sus grandes esculturas, la monumentalidad. La grandeza de su interpretación no quedó en el factor intimista, ni en la búsqueda de un ideal del hombre. No estuvo en la realidad del ser, (no de la naturaleza objetiva) sino que se elevó verticalmente en un poema, simbólico como un himno que suena en el bronce de mil campanas agitadas por un viento heroico.

Porque la obra de Bourdelle se espesa en la expresión universal. Se amalgama fuera de la visión terrena, para tomar amplios horizontes iluminados por la idea. Una escultura de idea; una escultura de fuerza y vigor, que posee la temática que da un paso atrás hacia la tradición, para ennoblecerse y vivificarse. Y que aun así, retoma el camino moderno, con el ímpetu de una nueva versión que se instala en el mundo de entonces, conquistando el sitio del más grande. Muerto Rodin, reconocido al fin, le sucede la escultura del gran artista francés. De ella nace otro de los lineamientos de la escultura moderna. La forma entera sucede a ese hacer en que parecería dejarse a superficie los nervios y la vida misma que gime bajo la piel.

Se está dentro de las formas amplias, en las que tantos perecerían por la influencia, y en la que tantos fracasaron, por inconsistentes.

Para interpretar dicha escultura, era menester poseer no sólo la sabiduría aprendida a fuerza de martillo y barro, sino el talento para saber buscar en donde existía la forma, para no ser vacía e inoperante como versión plástica.

Bourdelle encajó su obra en esas fuentes de vida en que un artista se manifiesta realizado, y embate

con sus imágenes y sus herramientas hacia el más intenso mar de ideas.

Coronaron por así decirlo las ambiciones de una escultura sobria, tremendamente grandiosa, que buscó la senda del plano ancho pero tratado en volumen.

Después, la lección de Rodin dejó secuencias más vastas que trajeron incluso en muchos aspectos la desintegración de ese concreto concepto que aportó Bourdelle. Desde luego, que siempre quedan los grandes, pero son cima en una montaña de muchos. Y esos muchos, aunque buenos y muy buenos artistas, en su búsqueda, por decir la palabra que expresara su sentir, fueron diluyendo aquella columna de modelado que levantara Bourdelle.

Moore, el inglés, es el representante que culmina en la era moderna aquella primera sensación del escultor francés. Pero a Bourdelle le siguen Maillol (1861) y Despiau (1874), una época de escultores intimistas, que tienen en la imagen de la mujer el símbolo máspreciado para su temática.

Porque si Bourdelle veía y realizaba la figura como la heroica y sublimada representación de su idea, la escultura cobró luego una vuelta hacia el hacer más relativo al hombre en sí. La monumentalidad fue cediendo paso (luego la veremos crecer nuevamente) a ese intimismo, pero con el aporte entero en el modelado conquistado por Bourdelle. Pasó algo parecido a lo de Cézanne con los impresionistas. La escultura de Rodin era, si no impresionista, si en su modelado vibrante una búsqueda de la luz reflejada en las superficies, que al mismo tiempo ¡¡en él!! acasaban rasgos interiores.

El mago de Aix, siempre elmentó su pintura basado en la conquista del impresionismo, pero sin adaptarse a esa vibración que deshacía el dibujo. Su obra, si no era de dibujar, si en cambio de construir por medio del color, modelando sus planos en base a su descubrimiento geométrico de los objetos.

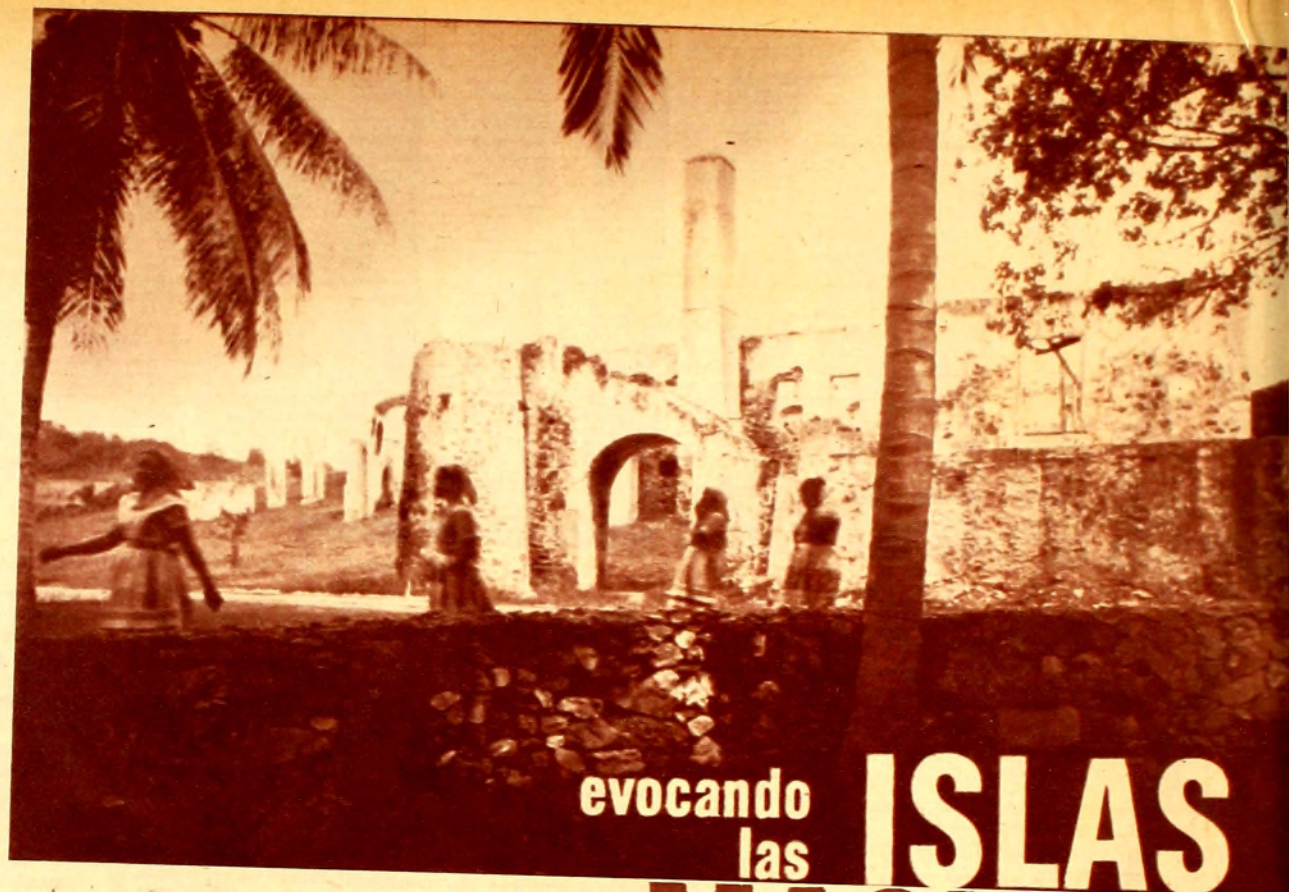
Otro arte totalmente distinto, la escultura, requería una doble fuerza y volumen. Fue entonces que Bourdelle llegó a ser en su obra monumental, un verdadero creador del cual parte sin duda mucho de la escultura moderna, y de la composición constructiva.

Eduardo Vernazza



Estudio para el monumento a Rodin

RUINAS DE UNA ANTIGUA PLANTACION, EN ST. JOHN, EVOCAN UNA EPOCA OPULENTA, QUE CONCLUYO CON LA DRAMATICA REVOLUCION DE ESCLAVOS DE 1733. ABAJO: RESTOS DE CASAS SEÑORIALES SON LOS TESTIMONIOS QUE QUEDAN EN ST. JOHN DE SU ANTIGUO ESPLENDOR, CUANDO EL CULTIVO DE LA CAÑA DE AZUCAR FUE LA BASE DE LA PROSPERIDAD DE GRANDES SEÑORES QUE VIVIERON ALLI CON UN LUJO PRINCIFESCO.



evocando las ISLAS MAGICAS



NO es fácil escapar del embrujamiento de las Islas Virgenes. Pasa el tiempo sobre el recuerdo, pero éste emerge, tironea, con la solapada insistencia de un ensalmo mágico que nos sujeta, dóciles, en su atadura.

Las islas, todas, tienen, en su aislamiento, la medida edénica de la perfección dichosa: siempre se ubicó en alguna isla, el Paraíso. Y estas islas alucinantes de las Once Mil Virgenes —no importa que se cuenten unas menos— no sueltan el hechizo. Las vemos y volvemos a ver en su paisaje feraz, sus edificios pulcros y ordenados que adornan geométricamente la montaña con el aseo prolijo de un ama de casa nórdica, alternando con la vegetación lujuriosa, temible, enigmática, de un trópico negro donde se olvida que la civilización existe.

Es otro mundo, distante de nuestro tiempo, donde corre plácida y misteriosa la vida, perezosamente, olvidada de relojes y calendarios, cifra detenida en

un abordaje de piratas o una subasta de esclavos, con fieros señores del mar que dejaron para la posteridad una leyenda de galeones hundidos con sus tesoros, que la avidez humana de riquezas sigue buscando terca- mente en un buceo afanoso que a la vez es inmersión en el pasado. Por las calles estrechas que rodean el puerto, en la mañana solar, agresivamente lumi- nosa, esperamos ver aparecer a los feroces filibusteros. Pero Drake, ni Kidd, ni Bluebeard, ni Barbarroja se dejan ver. Han de estar oteando los horizontes, desde el tope de las montañas. Sin embargo, andan sueltos sus directos descendientes, convertidos en vendedores de baratijas, o licores, o cualquier cosa, y en chóferes de taxi. Sin olvidar a aquellos negritos taimados que cobran el alquiler de sus burros floridos para acom- pañar el retrato del turista inocente. Frutos tentado- res, henchidos de sol, se apilan en las calles, en los muelles; bananas que chorrean miel; sandías hendidas que exhiben sus heridas jugosas y refrescantes, pro-



RUIDO Y COLOR ANIMAN LA CALLE PRINCIPAL DE ST. THOMAS, EN UN CARNAVAL ALEGRE Y BULLICIOSO. NO MUY LEJOS, A LA DERECHA, ESTA UBI- CADO EL CINE DONDE SE EXHIBEN PELICULAS GLORIOSAS DEL CINE MUDO: THEDA BARA, RODOLFO VALENTINO, LILLIAN GISH, CONTRIBUYEN A ESOS RAROS PLANOS DE PASADO Y PRESENTE QUE SE DESCUBREN EN LAS ISLAS VIRGENES.

vocativos de uvas fabricadas por la luz, cocos peludos o esas piñas enormes y escandalosamente dulces que sólo pueden saborearse ahí, con la pulpa amasada bajo el resplandor azul de cielo y mar. Desprenden un aroma denso, a fruta pasada, que se mezcla con los perfumes vegetales de árboles y flores, y a cierto vaho de especias —canela, clavo de olor, estragón— que flota en el aire como una seducción más. Se podría escribir largamente sobre este curioso olor a trópico que es como su exudación natural, no menos que una intensidad de luz y azules que no puede definir la palabra. Y allí lo hallamos una vez más, ni bien dejamos atrás el barullento puerto de St. Thomas.

¿Cómo olvidar nuestro embeleso, al descubrir la bahía de Charlotte Amalie, desplegada en abanico como una viñeta multicolor dulcemente acodada sobre el Caribe —omitiendo las frívolas expediciones por la calle principal en patrullaje de tiendas que eran toda una trampa, forma nueva de la antigua piratería—? ¿Cómo olvidar nuestro estremecimiento, al descubrir desde lo alto de los cerros, un horizonte cuajado de islas y más islas, como sirenitas retozando en el Atlántico, puesto que St. Thomas se mece sobre este océano, al norte, y sobre el Caribe, al sur? Había mucho de irrealidad en el raro rosado del crepúsculo cayendo tenuemente sobre el archipiélago que iba encendiéndose como si las costas se poblaran de luciérnagas. No hay paz como esta que rueda despacito por las laderas montañosas y se une a los cantos pegajosos de los negros, que crean en la atardecida una atmósfera extraña y alucinante.

La isla de St. John, en cambio, tiene reminiscencias señoriales, resabio de las antiguas aristocracias que fundaron allí en el siglo XVIII plantaciones fabulosas, como la de Annaberg. Pero se asocia también la sombra trágica de las rebeliones de esclavos, que prefirieron la muerte al sometimiento, allá por 1733. Muchas leyendas locales ensalzan el heroísmo de los negros; una de ellas cuenta que se sentaron en círculo, y fueron disparándose un balazo de uno en otro, hasta morir todos, en una rueda trágica. Otra, sostiene que en cierto lugar la rojez de las rocas que el mar baña al pie de un acantilado, es la sangre de los amotinados que todavía tiñe las aguas, desde la época en que los rebeldes se araron por las colinas de Annaberg, para escapar, muriendo, de la esclavitud. Sobre este clima legendario de sangre y muerte, contrasta hoy el magnífico Parque Nacional de las Islas Virgenes, espléndido y opulento, regalando en sus playas, no lejos de allí, milagrosos jardines submarinos de encendidos y fantásticos corales. Pero, para nosotros, el encanto mayor reside en las ruinas de los trapiches, en los restos del antiguo esplendor, que encandila la imaginación con fiestas servidas por esclavos de librea, entre candelabros y plata y tintineo de baccarat. Todavía la caña de azúcar endulza espesa y aromosamente la brisa lenta de la isla, que fue escenario familiar para personajes como Lord Nelson o el ubicuo Francis Drake.

Por eso nos seduce menos St. Croix, fértil, industrial, agrícola, pero sin drama, sin leyenda, sin sombras, sin el abrumador peso del pasado. Las tres pertenecen a los Estados Unidos desde 1917, y fueron dignos de verse los festejos con que los isleños subrayaron el año pasado, su medio siglo de vida bajo la bandera estadounidense; fue el derroche del color, el carnaval alegre y ruidoso, las orquestas a pleno sol batiendo los típicos bidones de petróleo, el sensual calypso, fiesta de pueblo llena de vitalidad exuberante.

Pero nosotros preferimos evocar las islas como las vimos, remansadas en el ayer, reminiscentes de sus grandes épocas, olorosas a frutas y canela y caña de azúcar, con oscuros recodos donde todavía podemos encontrarnos cara a cara con nuestros amigos piratas.

Dora Isella Russell
(Especial para EL DÍA)



CHARLOTTE-AMALIE, CAPITAL DE ST. THOMAS. OFRECE EN SU BAHIA PLACIDOS INSTANTES, SIN ACTIVIDAD HUMANA, QUE HABLAN DE REPOSO Y DE INDOLENCIA.



TAMBIEN QUEDAN, COMO VESTIGIOS DEL AYER, VIEJOS CASCOS DE RON, EN UN MUSEO DE PISO DE LADRILLOS.

Dramaturgos Españoles



BUERO VALLEJO

TRES años de guerra civil significaron, en 1939, la muerte de la República Española. Y nació un nuevo estado, guiado por los vencedores; una España sin organizaciones gremiales, sin libertad de prensa ni de palabra, sin partidos políticos. Un discurso de Unamuno, con arrogancia militar fue contestado con una frase que estremeció al mundo: "Abajo la inteligencia!" El teatro, que siempre ha estado asociado a la vida de los pueblos como su más pura expresión, sufrió el golpe de los triunfadores. Una frase que a veces parece inocente en el texto, adquiere en la interpretación una intención que el pueblo sabe captar... Muchos chistes ridiculizan más a un dictador que sus mismos desaciertos. Por eso, éstos siempre se preocupan en ahogar al teatro con reglamentos, prohibiciones, censuras...

Fueron muchos los trabajadores del teatro, intérpretes y escritores, los que buscaron en América, los escenarios donde actuar. Un teatro en exilio —García Lorca asesinado y prohibido— y un teatro de exiliados —Margarita Xirgu, Alberti, Madariaga, Guillén, Max Aub, Machado, Casona, Bergamín, León Felipe, Salinas y tantos otros...— que encontraron ríto en los países de habla hispana.

Al correr de los años, menos tensos los rigores del duro régimen, algunos volvieron. Unos para triunfar y otros para... morir en el rincón que era de ellos. Pero treinta años no pasan en vano y una nueva generación dio sus escritores a la península y como no hay oscurantismo que pueda apagar el sueño de libertad de los hombres, la luz fue filtrándose entre las vigiladas barreras, porque no hay fronteras para la inteligencia. Y el teatro del "nuevo régimen" —no hagamos nombre— cultivado por los que siguieron adictos, lentamente aceptó el mensaje y la voz de nuevos dramaturgos. Y surgen así Antonio Buero Vallejo, Alfonso Sastre, Carlos Muñiz, Rodríguez Bued, Mañas, Lauro Olmo y otros. Está demás decir que fueron muchas las dificultades para que sus obras se difundieran, venciendo las múltiples censuras oficiales, eclesiásticas, universitarias, etc... Representaciones en teatros privados, salas cerradas, centros juveniles. Obras importantes muchas de ellas que llegaron después a los teatros normales en un proceso lento y continuado y que en distintos idiomas se aplauden hoy en el mundo.

Nuestro país, que es una vidriera del teatro universal, apreció algunas de las producciones de los dramaturgos de la nueva generación española, por el esfuerzo sacrificado de los teatros independientes, aunque no en la proporción que por sus valores merecen. Y es hora ya, que nuestra Comedia Nacional, por lo excepcional de su elenco y de su repertorio, preste su atención a tan alta manifestación del teatro de nuestro idioma.

De los escritores teatrales mencionados, a quienes tuvimos la dicha de conocer personalmente cuando fuimos a España con el Teatro de la Ciudad de Montevideo, queremos recordar hoy a un dramaturgo de primera línea, Antonio Buero Vallejo, clara conducta y vigoroso creador que, con la "Historia de una escala"



EN LA MESA CORDIAL DEL CAFE GIJON, RINCON DE LAS CLASICAS TERTULIAS MADRILEÑAS, EL DRAMATURGO ESPAÑOL JUNTO A RAFAEL AZCONA, GUIONISTA DEL DIRECTOR LUIS GARCIA BERLANGA Y EL CRITICO TEATRAL FRANCISCO GARCIA PAVON.



EN LA RECEPCION OFRECIDA AL T.C.M. POR LA REPRESENTACION DIPLOMATICA DE NUESTRO PAIS EN ESPAÑA, VENIMOS A ANTONIO BUERO VALLEJO DEPARTIENDO CON NUESTRO EMBAJADOR, DR. JULIO CASAS ARAUJO Y SEÑORA Y EL AUTOR DE ESTA NOTA. (MADRID 1962).



EN LA PLATEA DEL TEATRO ESPAÑOL, AL FINALIZAR LA REPRESENTACION DE "EN FAMILIA" DE FLORENCIO SANCHEZ, POR EL TEATRO DE LA "CIUDAD DE MONTEVIDEO", ANTONIO BUERO VALLEJO APLAUDE A NUESTROS COMEDIANTES. (MADRID 1962).

ra" inició una carrera brillante, culminada con "El concierto de San Ovidio" y "El tragaluz" autor de una docena de obras aplaudidas, comentadas y discutidas.

Después de sus años liceales, Buero Vallejo estudió pintura en la Academia de Bellas Artes de Madrid. Estalla la guerra civil y combate en una de sus filas. Al terminar la lucha figura entre los procesados y se le condena a la pena capital. Casi un año espera en las oscuras celdas que llegue la hora de la ejecución. En 1946 se le conmuta la pena por la libertad provisional. Vuelve a la paleta y al pincel y en amargos momentos frente a la lucha por la vida, en su alma de poeta y de artista, nace un nuevo destino: el teatro. Escribe un acto único "Las palabras de la arena", a la que sigue "Historia de una escalera" —(1949)—, con la que conquista el Premio Lope de Vega.

Su triunfo fue rotundo, tan rotundo que venció escollos que parecían insalvables. La escena española, que después de García Lorca, estaba abastecida por un repertorio comercial, con comedias bien hechas en las que se eludían las ideas y los pensamientos que

el pueblo conservaba en lo más íntimo, pero que no se podían expresar en voz alta, encontró en Buero Vallejo el dramaturgo que se había atrevido a llevar sobre las tablas, el teatro de la calle con los personajes humanos que decían lo que todos hablaban, y sugerían lo que todos querían decir...

De allí en adelante, cada día, el teatro hispano fue ganando una expresión más libre dentro de los límites de severidad impuesta por el régimen. Con Buero Vallejo se abre una nueva etapa. Porque acaso la peor consecuencia de la censura no es lo que se permite representar, sino lo que no se llega a escribir.

Y porque un escritor debe siempre decir algo, es que Buero Vallejo —el dramaturgo de la España actual— al escribir su importante obra "El concierto de San Ovidio" —como lo hiciera Brecht en "Galileo Galilei" que nuestra Comedia Nacional difundiera en una gran versión— recurrió, para hacer más cáustico su pensamiento y su crítica social, al recurso del teatro histórico, de manera que su posición de escritor comprometido se viera liberado de las vallas que impiden el pensamiento libre de los pueblos.

"El concierto de San Ovidio", es la manifestación dramática más clara y su éxito en su país señala, a través de un episodio del siglo XVIII, aparentemente vulgar, la reanudación de un diálogo entre escritores y espectadores que claman por la libertad y la dignidad del hombre, en una fuerte expresión que no pasó inadvertida a los críticos del bando oficial, que prefirieron silenciar el grito antes que señalarlo.

Teatro de nuestro tiempo, con nuestros dramas y angustias, nuestros problemas vivos y actuales, es uno de los aportes más significativos de la dramaturgia española de la última década y una esperanza cierta, junto a las nuevas obras de los otros escritores teatrales ya mencionados que con sus obras poéticas o populares, procuran imponer frente a un estilo demasiado prudente y a veces sometido, un mensaje o una denuncia de la hora actual de este mundo en que hoy vivimos.

Mucho habría que decir de los dramaturgos de la nueva España y su palabra valiente en un medio tan vigilado y controlado, señalan otro eslabón del glorioso teatro de habla castellana.

En esta ocasión, solamente hemos querido referirnos a Buero Vallejo por lo que su nombre ya significa y por haber sido quien, con inteligencia, pudo atravesar las líneas para cumplir con su verdadera misión de escritor. Es el nuestro, además, un recuerdo afectivo de su sencillez, en aquellas noches en que concurría al Teatro Español a aplaudir los espectáculos de nuestros comediantes del T.C.M. y a conversar hasta la madrugada con ellos, con su rostro pálido y su sonrisa a flor de labios, quitando importancia a conversaciones que, sin embargo, no podían ocultar a un hombre cordial pero insobornable en sus ideas y en sus principios, un escritor preocupado por el hombre y por su tiempo.

Montevideo tiene que ponerse al día con las obras de la nueva generación de escritores hispanos, muchos de ellos, más importantes en el pensamiento y en el lenguaje que algunos comediógrafos extranjeros cuyas obras se disputan sin razón algunos elencos. Una plaza teatral que aspira, con legítimo orgullo, a difundir todas las manifestaciones del teatro universal, no puede ignorar un teatro tan cerca de nuestro espíritu en la belleza de nuestro idioma.

Y que este recuerdo de Antonio Buero Vallejo, sirva para algo...

Angel Curotto
(Especial para EL DIA)

El Tropero

Otro tipo admirable de la época heroica, aquella la que se arreaban ganados chúcaros — o semi chúcaros — en un camino de muchas jornadas.

Entre los sacrificios, los sinsabores y los dramas que se sucedían en el trabajo de estos hombres habían, los que ellos más temían, y de los que no podían distraerse: el sueño y la disparada.

Respecto al primero vamos a copiar algo notablemente escrito por Patrón Garrido en su "Troperos del 70". Habla uno de los personajes del libro:

— ¡El sueño! Me cuesta creer que exista en país alguno el cristiano capaz de resistirlo. Se lucha un tiempo... al cabo del cual nos empezamos a entretejer de a partes. Primero quedando un poco abombados. Más tarde haciendo cortesías a lo terutero. Luego es un relajo de una borrachera dominándonos la cabeza lo cual ya no le dá por saludar, sino en volcarse a un lado o pa otro. Y la vista se pone tan perturbada que cualquier bultito divisado a la distancia parece algo deformado... D'íai dimana mi convencimiento que quienes inventaron los fantasmas tienen, forzosamente, que haber sido una de estas dos cosas: troperos o juradores... En ocasiones nos agrachábamos sobre el pecado, nos tendíamos con desesperación sobre el tuse del montau pa no pechar algo, ¿qué?, no lo sabíamos nunca. Otras veces íbamos morronguando, soñando marchar por pagos vírgenes entre sorpresas y novedades. De repente nos sentíamos sacudidos a causa de un tropezón del matungo. Un vislumbre de realidad hacían que abriéramos tremendos ojos. Y quedábamos convencidos de estar viendo avanzar hacia nosotros una muralla negra, altísima. Alargábamos la mano creyendo poder sujetarla. Al envión del cuerpo el caballo arrancaba. Ricién, entonces, despiertos del todo ¡veíamos que era la noche lo que teníamos por delante!"

La disparada era algo terrible, casi siempre trágico. Dos mil animales van cumpliendo la ruta, caminan lentamente dirigidos, costeados, por los jinetes. Súbitamente, inesperadamente, la monotonía de la marcha, la pesadez del viaje, se ven conmovidas, rotas: una perdiz que sale de entre las patas de los novillos punteros, con violento batir de alas; la aparición de un carro, a la vuelta del camino, cuyo toldo pone asombro en los animales, el estallido de un trueno; en seguida un remolino de patas, un crepitante chocar de astas, ojos agrandados por un terror inmotivado, y en seguida el pánico: el pánico que pasa por sobre el instinto, que todo lo avasalla. La tropa se lanza en un vertiginoso correr, sin orientación alguna, pasa por sobre todo: cercos, porteras, troperos, por sobre ella misma, arrasando, deshaciendo, con un fragor de huracán, de pavorosa tormenta. Y después... cuando la luz comienza a precisar las líneas y masas del campo ilimitado, el cuadro que se observa es tremendamente impresionante: en un cerco de piedra, que al fin fue destruido por la tromba, carnes deshechas, huesos rotos, animales muertos o agonizantes; puntas de tropa por todos lados, aun aterrorizadas las bestias, resoplando y batiendo pezuñas... Y los hombres, en seguida de esa ráfaga horrenda, luego del grito desesperado y del puño crispado en la rienda, como alucinados, repuntando, rehaciendo la columna para seguir andando, andando...

*

Los hacendados contrataban el grupo de troperos que comandaba un capataz. Este, en rueda de aparceros, hablaba de la tarea a cumplir, planando como para una maniobra de guerra: quiénes puntearían la tropa, cómo se realizarían las rondas, quién cuidaría los caballos de remuda, del fuego, de los pastoreos. Había que hacer, casi siempre, ochenta leguas de un camino que recién empezaba a delinearse sobre los pastos, sin alambrados. Luego las aguadas, la penuria de los pasos, el tiempo... Y en esa marcha había que hacer fuego, preparar comida, cebar mate, y tender



recados para el reposo; todo por turnos pues la persona y el ojo del tropero debían estar constantemente sobre las vacadas y novilladas.

Y después de todo ese trabajo heroico cumplido entre soles o heladas, con lluvias o vientos, el descanso; un descanso en pulperías, ruedas de naípe y bebida, algún baile con chinerío de enagua acartonadas, y... vuelta a otra tropeada. ¡Que hombres, y qué temple el de estos hombres!

En la crónica de las tropeadas figuran muchos que quedaron tendidos para siempre, abatidos por un rayo, otros ahogados en algún paso bravo, otros desintegrados por una avalancha de pezuñas y de cornamentas.

¿Y qué pago tenían? Fuera mísero o generoso — que eso dependía del hacendado que los contrataba — jamás fue lo suficientemente justo. Pero a aque-

llos hombres les bastaba con poner en el cinto unos patacones que se harían humo pronto, indiferentes al futuro, ajustando sus vidas a un hoy sin ayer y sin mañana.

José Monegal

Especial para EL DÍA

(Dibujo del autor)

JEAN-PAUL SARTRE

SAN GENET COMEDIANTE Y MARTIR

LOSADA



• **SAN GENET, COMEDIANTE Y MARTIR.** Por Jean-Paul Sartre. Ed. Losada. Bs. As. 1967. 634 páginas.

La lectura de este libro de Sartre nos lleva a preguntarnos hasta dónde es aceptable el divorcio de la moral y el arte. Es fácil y es cómodo decir que éste no tiene fronteras ni patria y que está por encima de todos los convencionalismos. Es fácil, es cómodo, pero también puede ser dañino y negativo. Si el artista no contribuye a modelar al hombre, si el artista no alcanza un mensaje que sirva para construir algo positivo, si el artista es nada más que un predicador de evangelios equivocados, hemos de creer que la misión del talento es muy pobre cosa, y que la inteligencia humana frustra sus caminos.

Porque este libro es la alabanza desenfrenada de la abyección, ensalzando y justificando con una tortuosa dialéctica las lacras morales del biografiado, en una exhibición de intimidades sexuales pormenorizadamente analizadas, sin ahorrar detalle escatológico. Si partimos de la base de que "Genet es un excremento", como agradablemente repite Sartre, tenemos definido el personaje que sirve de pretexto para esta sublimación de perversidades y vicios vitandos. Amoral, novelista, autor teatral y delincuente, Genet es todo un arquetipo, como se ve, y ha encontrado a su exégeta. No quiere decir que aconsejemos sus novelas "rosa" ni la lectura del santoral. Pero tampoco creemos que la consagración de un degenerado, por genial que sea, constituya un ejemplo digno de divulgarse. La literatura nos aporta muchos casos de vidas que no fueron por cierto ejemplares, pero hasta ahora nunca hemos leído tal endiosamiento precisamente de lo más innoble y degradante de un autor. En general, se ha hecho la salvedad de los aspectos biográficos escabrosos, en la medida en que inciden en la obra. Pero en el denso ensayo de Sartre, la obra aparece como reflejo secundario de una vida depravada, y ésta es la que centra el largo estudio, que, por otra parte, no ahorra tampoco, a ratos, la pesadez y el hastío. Esta peregrina santificación de Genet es toda una mística del Mal y del error. Y nos enfrenta una vez más con los autores-mito, peligrosos porque usan su talento para causas espurias.

RELEYENDO

• CIERTA INGENUIDAD DEL MAL.

Los libros "morales", de intención más o menos pedagógica o pragmática, son a menudo ingenuos. Eso, todos lo sienten y lo entienden. Pero los libros, y en general el arte, que se relaciona con el mal, con el vicio, con el pecado; en la misma vida, lo que se relaciona con el mal y con el vicio, suele ser tan ingenuo, a veces más ingenuo todavía. Sólo que, eso, casi nadie lo siente. Está al alcance de cualquiera la sensación de ingenuidad de los libros moralizantes, pedagógicos y optimistas; pero no hay sensación más difícil que la de percibir, supongamos, que los libros de un J. Lorrain son tan ingenuos como los de un Smiles. Un joven, por ejemplo, no tendrá esa sensación. Se la adquiere después. Explicarla, no se puede.

Carlos VAZ FERREIRA
(Uruguay)

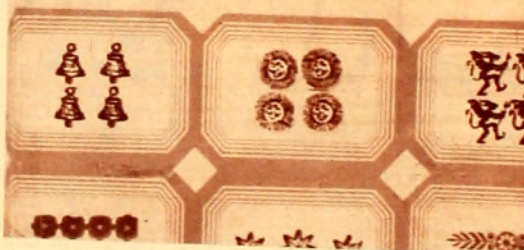
(De FERMENTARIO)

• **CIEN AÑOS DE SOLEDAD.** Por Gabriel García Márquez. Ed. Sudamericana. Bs. As. 4ª ed. 1967. 351 páginas.

Sobre esta abrumadora novela del colombiano García Márquez eran tantos los elogios leídos antes de conocerla, que entramos en ella con la disposición de someternos al hechizo. Poco antes de leerla, precisamente, nos había caído bajo los ojos un artículo de un distinguido crítico colombiano, Roberto García-Peña, que la ubicaba en un triángulo histórico de la novelística de su patria con: "María" de Isaacs, y "La vorágine" de Rivera. Nada menos. Nuestra expectativa se inclinaba a compartir juicio tan alto y rotundo, porque tenemos la avidez de descubrir en los libros, esa dimensión perdurable que busca el espíritu en las obras de arte.

cla de Buendías chocarros, elementales y complicados, capaces principalmente de espectaculares hazañas eróticas, que provocan asombro y sonrisa, en medio de la conmoción que causan al lector los episodios inesperados y múltiples que brotan, saltan, se entrecuchan, nos basculan de una página a otra. Hay un desorden de aluvión, en el curso desenfrenado del argumento, que nos empuja a pesar de nosotros mismos, y nos dejamos llevar, subimos y bajamos en la marejada de una lectura que, eso sí, no podemos abandonar, porque lo cierto es que, inverosímil, abstrusa o no, se apodera de nosotros, siquiera para remitirnos de azoro en azoro,

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ CIEN AÑOS DE SOLEDAD



Es la historia de una familia y una aldea, a lo largo de un siglo. Dicho así parece muy sencillo. Pero la vertiginosa novela nada tiene de sencillo. Compleja, turbadora, confusa, se desarrolla con la misma fuerza de un torbellino que arrastrara en su furia detritos, troncos podridos, barro y escoria. Una de las parejas fundadoras, Ursula y José Arcadio Buendía, son el tronco de una familia pobladísima, de cuyas varias generaciones perdemos alegremente la noción, en una gárrula mez-

ya ver hasta dónde se llega. Hay una evidente destreza narrativa, que supera el caos, y se impone por encima de esa humanidad heterogénea y solitaria, aunque la rodee una multitud de seres. Hay pasión, drama, buen humor, en la misma medida en que sobreabundan los absurdos. Pero estamos lejos de hallar en esta novela, un hito del género en nuestro continente y aún más, como se ha escrito, de "la inteligencia latinoamericana".

RECIBIMOS:

♦ **Ultimos poemas.** Por Eugen Relgis. Ed. Humanidad, Montevideo, 1967. Esta antología abarca una selección poética del incansable escritor rumano, desde 1914 a 1954, en traducción de P. R. Troise. Influye en la poesía de Relgis, la inseparable condición de filósofo. Y los poemas señalan el itinerario de una vida interior proyectada sobre la meditación de las cosas del mundo, convirtiéndolos en el testimonio de experiencia intelectual alta y nobles.

Novedades de ARCA:

BREVIARIO ARTIGUISTA. Por José Mª Traibel.
CARTAS A BERNARDINA. De Fructuoso Rivera.
EL URUGUAY EN QUE VIVIMOS. Por Roque Faraone.
PAJA BRAVA! Por José Alonso y Trelles ("El Viejo Pancho").
ACTO DE HUMOR. Selección de Jorge Sclavo.
EL REINO DE ESTE MUNDO. Por Alejo Carpentier.
DORMIR EN TIERRA. Por José Revueltas. De próximo comentario.

• LA MISA DE AMOR.

*Mañanita de San Juan,
mañanita de primor,
cuando damas y galanes
van a oír misa mayor.
Allá va la mi señora,
entre todas la mejor:
viste saya sobre saya,
mantellín de tornasol,
camisa con oro y perlas
bordada en el cabesón.
En la su boca muy linda
lleva un poco de dulzor;
en la su cara tan blanca,
un poquito de arrebol,
y en los sus ojuelos garzos
lleva un poco de alcohol;
así entraba por la iglesia
reumbrando como un sol.
Las damas mueren de envidia,
y los galanes de amor.
El que cantaba en el coro
en el Credo se perdió;
el abad que dice misa
ha trocado la lición;
monacillos que le ayudan,
no aciertan responder, non:
por decir amén, amén,
decían amor, amor.*

(Anónimo - Siglo XVI)

El mundo en el LIBRO

por WRIOTHESLEY



• **ALBERT SCHWEITZER Y SU VENERACIÓN POR LA VIDA.** Por José Ríos. Montevideo, 1967. 67 págs.

Estas páginas constituyen el emotivo homenaje de un uruguayo a ese admirable médico de Lambarené que creyó en la causa de la humanidad y consagró su vida a ideales nobles y puros. El autor lo ha escrito con sinceridad, con amor, inspirado en la existencia ejemplar del grande hombre, y compartimos elogios y conceptos sobre el magnífico anciano glorioso.

• LOS VEINTICINCO AÑOS DE "LIRICA HISPANA".

Muchos y merecidos homenajes se han tributado en Venezuela al cumplirse el cuarto de siglo de esta conocida publicación poética, que mensualmente viene entregando el mensaje lírico de creadores de toda latitud. Fundada por Conie Lobell y poco después con la co-dirección de Jean Aristeguieta, "Lírica Hispana" ha dado la vuelta al mundo, en uno de los empeños más generosos de difusión del verso que se hayan producido en nuestro continente. Si los escritores hispanoamericanos mucho le adeudan, ese reconocimiento se particulariza en el caso de los poetas uruguayos, pues las directoras dieron siempre notoria predilección a los de nuestro país, en una amplitud editorial que merece agradecimiento.

"Lírica Hispana" no sólo publica volúmenes colectivos, sino que también los ha dedicado íntegramente a un mismo autor, y ha ofrecido además versiones castellanas de poetas de otras lenguas. De tal modo, el alcance de la revista se ha ampliado llegando a todo rincón del mundo, y señalando un esfuerzo privado de las directoras digno de todo elogio. Esta vital y cordial publicación ha hecho llegar fiel y consecuentemente la voz de la poesía en forma singularmente desinteresada, y no significa poco, en el medio literario, estos veinticinco años de fecunda existencia. Ellos encuentran como al comienzo, a Conie Lobell al frente de la prestigiosa revista, y formulan votos por la continuidad de una noble aventura que honra a las letras venezolanas.

Tarzan

By Edgar Rice Burroughs



FUERON A LA SELVA
HUYENDO DE LAS RESES.

PERO VUESTRO GANADO ES MUY VULNERABLE AL LEOPARDO.

AL AMANECER IREMOS A CAZARLOS Y LOS ANIQUILAREMOS.



¡NO, JEFE ABUNTA! LO HARE ESTA NOCHE CON LAS HUELLAS FRESCAS.



A VARIOS CENTENARES DE METROS.



¡U! ESTOS "LEOPARDOS" NO SÓLO TIENEN PIES DE HOMBRES SINO QUE ANDAN A CABALLO

JOHN
CELARDO

TM Reg. U. S. Pat. Off.—All rights reserved
©1927 by United Feature Syndicate, Inc.

LOS PACÍFICOS ANKOLES TIENEN UN ENEMIGO DEL QUE NADA SABEN.



SI PUEDO LLEGAR AL FONDO DE ESTO LES PRESTARÉ UN GRAN SERVICIO.



¡AH! ¡AHÍ ESTÁN LOS CABALLOS!



¡Y LAS RESES!



¡AHORA A VER SI TAMBIÉN ESTÁN LOS HOMBRES-LEOPARDOS?



3-26-1881

En su barrio, para su comodidad, una agencia de avisos económicos de

EL DIA

• CIUDAD VIEJA, 25 de Mayo 619 • CENTRO, Río Branco 1212, 18 de Julio y Yaguarón • CORDON, Av. 18 de Julio 2022, 8 de Octubre 2676 • PUNTA CARRETAS, Brito del Pino 810 esq. 21 de Septiembre • PARQUE RODO, Conchavue 2007 (Ag. Petraglia) • POCITOS, Juan Benito Blanco 914 • TRES ESQUINAS, Comercio 1821 • MALVIN, Orinoco 5048 y Michigan • PUNTA GORDA, Avda. Gral. Paz 1421 • CARRASCO, A. Schroeder 6465 • UNION Av. 8 de Octubre esq. Abreu (Kiosco Unión); Av. 8 de Octubre esq. Pirineas (Kiosco

Marón • LA COMERCIAL, Av. Garibaldi 2559 • GOES, Av. Gral. Flores 2942 • CERRITO, San Martín 3491 • ITUZAINGO, Av. Gral. Flores 4996 • PIEDRAS BLANCAS, Cuch. Grande y T. Rinaldi • ARROYO SECO, Av. Agraciada 2612 ba • CAPURRO, Unguayana 3513 • PASO MOLINO, Avda. Agraciada 4109 • AGUA • DA, Sierra 1906 (Agencia Progreso) • PRADO, Cno. Castro 838 c Millán • DUCTO, Guadalupe 1490 • RIVERA, Avda. Rivera 2621 • VILLA DOLORES, Francisco J. Muñoz 3412 ba • CEBRO, Avda. Carlos M. Benítez 1666 esq. Grecia •

EN EL INTERIOR • CANELONES, Treinta y Tres esquina Rodó, Plaza 18 de Julio (Kiosco Inalid) • SANTA LUCIA, Bazar "El Trebol" Rivera 488 ba • LA PAZ, Avenida Barilla y Ordóñez 215 (Bazar Jorgito) • LAS PIEDRAS, Avenida Artigas y Lavalleja (Kiosco Luisto, Plaza) • Estación Ferrocarri (Kiosco Luisto) • PANDO, General Artigas 895 • SAN JOSE, Mensajería Cta • PARQUE DEL PLATA, Calle 2 esquina H. • AGENCIAS NOTICIAS "EL DIA" EN PAYSANDU, SALTO, RIVERA Y PUNTA DEL ESTE.

en Otoño...

VAYA EN COCHE

CON **Soler!**

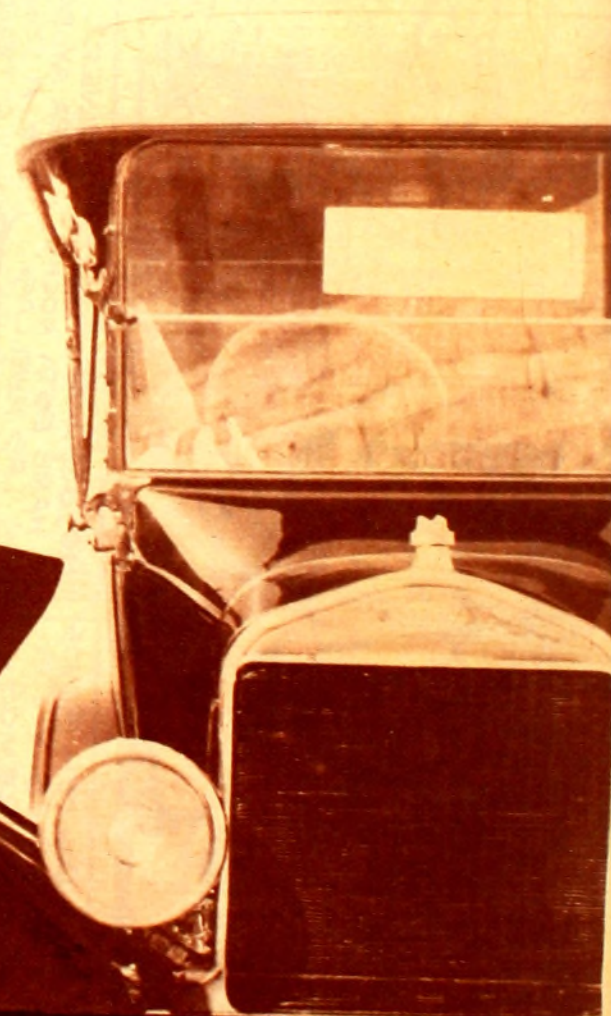
porque

Soler
tiene!

Soler
conviene!



Este Otoño - Invierno
también
"Vaya en coche con Soler"!
con un
CREDITO ACREDITADO
de Soler.



S E C C I O N H O M B R E S

ZOQUETES en lana térmica de gran abrigo diversidad de colores \$ 99

PULLOVERS de lana manga larga escote V surtido de colores \$ 695

CAMISA Invernal en paño de gran abrigo, modernos tonos de actualidad \$ 1.190

CAMISA "Cavanah's" en pana, surtido de colores \$ 1.550

AMBO en casimir de la línea British Look variedad de tonos \$ 2.995

SACOSPORT "Cavanah's" en paño fantasía corte perfecto \$ 3.850

JUEGO interior buzo y slip en algodón interlock excelente calidad \$ 275

PIJAMA "Cavanah's" en franela de gran abrigo colores clásicos \$ 890

PANTALON en fino casimir Vigoret, amplia gama de tonos \$ 1.350

GABARDINA Acrocel "Cavanah's" fina terminación colores gris, azul \$ 2.990

JACQUET moderno, "Cavanah's" en paño nevado gran sport \$ 3.690

AMBO Invernal Relámpago realizado en paño de pura lana Cam-pomar \$ 5.890

A G U A D A

C E N T R O

C O R D O N

U N I O N